

¿ADÓNDE LLEGARÁ SU HIJO?

Orville Swindoll

¿Se detuvo a pensar alguna vez en la cantidad de ocasiones cuando la Biblia destaca la fe de una madre? Por ejemplo, la de la madre de Moisés, que desafiaba la orden del faraón de Egipto de matar a todos los varones nacidos a las madres hebreas. Determinó salvarlo y, a la larga, proporcionó un libertador para el pueblo de Israel. La fe de Rut la moabita alentó a su hijo Obed y al nieto Isaí que fue el padre del rey David. El profeta Samuel apareció en la historia por el clamor y la fe de su madre, Ana, que luego lo entregó al sumo sacerdote Elí para su formación como siervo de Dios.

En el Nuevo Testamento se destaca la fe y la docilidad de María, la madre de nuestro Señor Jesucristo que le cantó las primeras canciones de alabanza y confianza en Dios. Y no pudo haber habido ningún apóstol sin la formación al pecho y a los pies de una madre dedicada y preocupada por el carácter de su hijo.

En su segunda visita a Listra el apóstol Pablo dirigió su atención a un joven llamado Timoteo (véase Hechos 16:1). El historiador Lucas nos cuenta que su madre era una judía creyente pero que su padre era griego. De modo que, de entrada, subraya el hecho de que Timoteo oyó primero de la fe en Cristo de los labios de su madre, no de su padre. Más adelante, en su segunda epístola a Timoteo, Pablo señala que Timoteo no solo era producto de la fe de su madre Eunice, sino también de su abuela materna, Loida. Con esto Pablo llama la atención a la influencia poderosa y duradera de la fe de las madres en sus hijos. Prestemos atención a sus palabras a Timoteo en 2 Timoteo 1:5–7:

⁵Traigo a la memoria tu fe sincera, la cual animó primero a tu abuela Loida y a tu madre Eunice, y ahora te anima a ti. De eso estoy convencido.

Después de refrescar la memoria de Timoteo sobre esa maravillosa realidad, Pablo le recomienda que avive la llama del don de Dios que había recibido cuando Pablo le impuso las manos.

⁶Por eso te recomiendo que avives la llama del don de Dios que recibiste cuando te impuse las manos. ⁷Pues Dios no nos ha dado un espíritu de timidez, sino de poder, de amor y de dominio propio.

Me parece que Pablo le está recordando que mucho de lo que tiene Timoteo ha recibido de otros; no logró a solas su postura de fe y su madurez espiritual. Sin duda, cada persona es responsable delante de Dios de desarrollar su fe y de llevar una vida de

consagración y disciplina que agrada al Señor. Pero la verdad, la fe y el valor no nacieron con nosotros. Todos somos productos de la influencia de muchas otras personas.

Sin embargo, estoy convencido que la influencia inicial mayor sobre nuestras vidas — al menos, en la mayoría de los casos— ha provenido de nuestras madres. Mi madre era la que tomó el tiempo para leerme historias bíblicas desde la más temprana edad. Ella me enseñó a orar y confiar en el Señor. Siempre me enseñó que reconociera que todo me llegaba por la bondad de Dios y, por lo tanto, debiera siempre honrarle a Dios con el diezmo: la décima parte de todas mis entradas. De modo que, con profunda gratitud, reconozco y honro a mi madre por haberme encaminado en la senda de la fe en Cristo mi Señor.

Quiero, entonces, exhortar a todos los que recibieron de su madre el cariño, la orientación, la dedicación y buena parte de la formación del carácter a que reconozcan con mucha gratitud toda esa influencia benévola y desinteresada que les fue transmitida de pura gracia.

Así mismo, quiero animar a todas las madres que no desprecien nunca el tremendo valor de toda la energía, el tiempo y el sacrificio con que se dedican a sus hijos para conducirlos en el camino hacia la madurez. Es la mejor inversión que pueden hacer en toda la vida. Esos hijos llegarán a ser los líderes, los obreros y profesionales, los padres y las madres, los músicos y las artistas de la próxima generación. Pero el costo de ese desarrollo son los años sacrificados e invertidos en ellos para que lleguen al destino que Dios determinó para cada uno.

Cuando la madre de Moisés crió a su hijo, no pudo haber imaginado que un día ese bebé llegaría a ser el gran libertador que todos los hebreos reconocerían y honrarían durante milenios.

Cuando la madre de Samuel dio a luz al hijo largamente esperado y luego lo destetó para entregarlo a Elí a fin de que aprendiera a escuchar la voz de Dios, no pudo haber imaginado que años más tarde la palabra de su hijo regiría la vida del pueblo y sus reyes a lo largo y lo ancho de la nación.

Cuando la madre de Juan el Bautista dio luz en su vejez a un hijo varón, no pudo haber imaginado que llegaría a ser el precursor del Mesías y Salvador de Israel.

Madres, tengan fe. ¡Su historia recién comienza!